

JOAQUINA



DANA
HART

Caldo de cabeza. De domingo a lunes. Podría almorzar directamente seso. No es mi intención. Ha de ser el sol. Mucho sol. Mucho caldo de cabeza. Pero poco a poco aprendo a encarrilar mis pensamientos, he visto todos los programas de meditación, evoco una carretera llena de autos, de todos los tamaños y colores. No es tan fácil si me suenan bocinazos, pero me intereso mucho por tener una

actitud positiva. No caer en el aburrimiento del "me siento mal", ¿para qué?, ya lo dije tantas veces sin los resultados que esperaba. Será el aire que me barre la cara y me permite ver con claridad. El riesgo es quedarse detenida. Camino, camino. Pero no dejo huellas. No dejo porque no quiero. Hay en cambio quienes dejan innumerables huellas, pisoteadas violentas, papeles, cartones, algodones envueltos

nicotinados, plásticos, aluminio, cosas brillantes y cosas opacas. Baba. Cuánta baba traen algunos hombres en la boca. Hacen unas bolas de moco y baba y las escupen como fuego por la boca, mucho Dragon Ball, mucho Picachu. Chicles. Qué obsesión por el chicle que tiene la humanidad, simboliza su vacío más intenso, más profundo. El chicle es el reflejo del espíritu humano: Lo abren en su envoltorio

luminoso, se lo meten en la boca, lo saborean, lo mastican y chupan como si fuera un genital y luego lo escupen en el suelo, lo pegan bajo los asientos, en los lugares más escondido. El chicle es el consumo, lo que las gentes le hacen a otras gentes, chuparles la sustancia y luego arrojarlas a un lugar invisible. Pero ese lugar no es tan invisible para mi, que ando con una espátula por lo duro y enquistados que quedan.

Trato de imaginarme a la persona que lo pegó bajo el basurero, tras un hierro, creyendo que nadie lo vería. Trato de imaginar el momento y hasta la ropa que trae puesta. Nunca pillé a nadie en el acto, tal vez me da por darle un escobazo y me despidan. O algo peor. Un ataque de ira violento, contra un tipejo zorrón que anda rodeado por un perfume caro, como si fuera su guardaespaldas.

Es un tema bastante latinoamericano también, supongo, eso de masticar y masticar y no poder comer. El famoso medio pelo. Las broncas, se mastican y mastican. Pero no se tragan. Ya me estoy haciendo caldo de cabeza otra vez, imaginando a tal o cual quico. Cada tanto saco el celular y abro el block de notas para poder sacar un poco de caldo de cabeza. Para no comérmelo todo sola. Igual

quedan ahí, en mi celular, las palabras, encubiertas por mi protector de pantalla de gatitos.

Se me ocurren baldes de ideas. Últimamente he estado pensando en un nuevo contrato social, por ejemplo, como el de Rousseau. No por trabajar en la basura, una no sabe de esas cosas. Si, Rousseau. El del contrato social y toda la parnafernalía. He estado

pensando en la necesidad de un nuevo contrato social entre hombres y mujeres, porque todo esto del machismo no resiste análisis. Imposible conseguirlo en este marco neoliberal, por eso hay que barrer, barrer, barrer algo más que las hojas.

También he estado pensando en los ataques de pánico a los que se refiere la gente. Porque lo que me sucede a mi, muchas

veces, no es eso, sino una crisis de atrapamiento, si, atrapamiento, una crisis tan intensa, de vida o muerte, que te hace estar sola en el medio de la habitación y de pronto todo te atrapa, todo se cierra ante una, se viene encima, como si la pieza se encerrara, te encerrara, te atrapa. Y estás en el medio, como si fuera una cámara 360 la vida, o como si te hubieses comido un bocado de lo que Alicia en el País de las

Maravillas, para hacerse más pequeña. ¿Por qué no hablan de estas crisis de atrapamiento? Apuesto a que las confunden con crisis de pánico. Es que los psiquiatras tienen 100 años, todavía dan litio. ¡litio!

También he estado pensando que el amor verdadero es la amistad. Y anoto, anoto todo en mi hoja de block en el celular, que he teñido de color negro,

para darle estilo. Hay veces en las que soy un volcán invertido. Y escupo fuego, hacia abajo, hacia lo profundo. Después camino por la berma y soy siempre la misma, dispuesta a andar.

Hago ese extraño sonido cuando lloro, es como un "buu", "buuu", igualito al de la Patufina. Y no lo puedo evitar, a veces, cuando voy por la berma,

intentando disimular, mis labios emiten un "buuu", imposible de contener. Me ahoga el pecho. ¡Pero qué horror escribir sobre cosas tristes! ¡Qué poco cool!

Necesito que me hagan el amor todas las noches para poder ser feliz. Pero eso no le importa a la gente que deja sus calzones tirados en la vereda, ni a la gente que hace caca en tachos de basura. No, a ellos no les

interesa los problemas de una.
Ni a los que intentan pasarse de listos, creyendo que una no tiene dignidad.

¿No ven que soy la reina? ¿O acaso quién conoce estas calles mejor que yo? ¿Quién las controla, quién las domina? ¿A quién la saluda quien sea que pase? ¡La reina! No necesito una corona. Ni un trono. Lo que exijo es respeto.



Dana Hart

www.danahartescritora.com